

Marcello Simoni

EL SECRETO DE
LOS 4 ÁNGELES

algaida
eco

Título original: *L'enigma dei quattro angeli*.

© Marcello Simoni, 2007

© traducción: M. P. V., 2010

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-862-5

Depósito legal: Se. 4586-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. El monasterio de los engaños	17
CAPÍTULO II. La filosofía oculta	83
CAPÍTULO III. La marca de Temel	197
CAPÍTULO IV. El tablero de ajedrez de Kobabel . .	315
CAPÍTULO V. La cola de Amezarak y el bastón del santo	417
CAPÍTULO VI. El canto de Armaros	489
EPÍLOGO	543

A Giorgia

Año del Señor 1205. Miércoles de Ceniza.

VETAS DE COLOR PIZARRA SURCABAN UN CENICIENTO cúmulo de nubes. Ráfagas de viento gélido se abatían contra el monasterio de San Michele della Chiusa, esparciendo entre sus muros un aroma a resina y hojas secas, pero también el presentimiento de un inminente temporal.

Una vez terminado el oficio de vísperas, el padre Vivien de Narbona fue de los primeros en salir del monasterio. Irritado por los efluvios del incienso y el titileo de las velas, se alejó del pórtico y atravesó el patio nevado. Ante sus ojos el crepúsculo extinguía los últimos rayos de luz diurna.

Una repentina ráfaga de viento lo embistió, provocándole un escalofrío. El monje se arrebujó en el hábito y frunció la frente, como si se tratara de una ofensa personal. La sensación de pesadumbre que le acompañaba desde el despertar no parecía querer abandonarle. Es más, a lo largo del día no había hecho otra cosa que agravarse.

Persuadido por la idea de mitigar la inquietud con un poco de descanso, se desvió hacia el claustro, atravesó la columnata y entró en el imponente dormitorio. Fue acogido por el resplandor amarillento de las antorchas y una sucesión de huecos angostos, más bien sofocantes.

Indiferente a la sensación de claustrofobia, Vivien recorrió el laberinto de pasillos y escaleras frotándose las manos de frío. Sentía la necesidad de acostarse y no pensar en nada. Pero cuando llegó ante su celda, le aguardaba una inquietante sorpresa. En la puerta de entrada había clavado un puñal con forma de cruz.

De la empuñadura de bronce colgaba una nota. El monje la cogió y leyó el mensaje escrito en ella:

Vivien de Narbona.

Culpable de nigromancia.

Sentencia emitida por el Tribunal de Saint-Vehme,

Orden de los Jueces Francos.

Vivien cayó de rodillas, aterrado. ¿La Saint-Vehme? ¿Los adivinos? ¿Cómo lo habían conseguido? ¿Cómo habían podido descubrirle en aquel refugio, en un monasterio en medio de los Alpes? Tras años de huida, pensaba que por fin estaba seguro, que había conseguido que perdieran su rastro. Y resultaba que no, ¡que esos malditos lo habían encontrado!

No debía desesperarse. Tenía que escapar una vez más. Se incorporó con las piernas temblorosas, atoradas por el miedo. Abrió la puerta de la celda, tomó desordenadamente algunos objetos y se marchó corriendo hacia los establos, cubriéndose con una capa invernal. De repente los pasillos de piedra parecían estrecharse, provocándole un miedo atroz ante los espacios cerrados.

Cuando salió del dormitorio, Vivien notó que el aire se volvía cada vez más frío. El viento ululaba, azotaba las nubes y las copas esqueléticas de los árboles. El resto de los hermanos se demoraban dentro del monasterio, protegidos por la calidez sagrada de la nave central.

El fugitivo se cerró bien la capa y entró en las cuadras. Ensiló un caballo, montó sobre él y recorrió al trote el burgo de San Michele. Grandes copos de nieve empezaron a caer sobre sus hombros, calando el tejido de lana de su traje.

Apenas llegó a la muralla, salió a su encuentro un monje envuelto en una túnica. Era el padre Geraldo de Pinerolo, el cillerero. Se echó hacia atrás la capucha, descubriendo una larga barba negra y una mirada llena de sorpresa.

—¿Adónde vas, hermano? —le preguntó—. Regresa, antes de que se desencadene la tormenta.

El interpelado no contestó. Siguió hacia la salida, rezando para tener el tiempo suficiente de escapar... Pero a su paso le esperaba un carro arrasado por dos caballos negros como la noche.

Fingiéndose indiferencia, Vivien cruzó por delante de él. Mantuvo el rostro escondido bajo la capucha, tratando de no cruzar su mirada con la del cochero.

En cambio Geraldo se acercó al desconocido y lo observó: un tipo robusto, con un gran sombrero y una capa negra. «Nada de especial», se dijo. Pero cuando vio su cara ya no pudo quitarle los ojos de encima: sus rasgos parecían llenos de maldad y rojos como el fuego.

—¡El diablo! —exclamó el cillerero, retrocediendo.

Mientras tanto Vivien ya había espoleado a su caballo y se había lanzado al galope por la ladera, en dirección a Val di Susa. Sentía pánico, pero igualmente debía proceder con cautela. La nieve, mezclada con el fango, hacía que el sendero se volviera casi impracticable.

El oscuro cochero reconoció al fugitivo. Azuzó a sus caballos y lanzó el carro tras él.

—Vivien de Narbona, ¡detente! —gritó con rabia—. ¡No podéis esconderos eternamente de la Saint-Vehme!

Vivien ni siquiera se volvió. Cabalgaba enloquecido, con la mente alucinada llena de pensamientos que se superponían unos a otros. Oía tras él el traqueteo del carruaje, cada vez más cercano. Le estaba alcanzando. Pero, ¿cómo podía ir tan rápido por un camino tan accidentado? ¡Esos no eran caballos, sino demonios del infierno!

Las palabras del perseguidor no dejaban lugar a dudas. Se trataba de un emisario de los Jueces Francos: los adivinos. Querían el libro, ¡esos malditos! Estaban dispuestos a todo con tal de conseguirlo. Le habrían torturado hasta volverle loco con tal de saber, de aprender cómo se obtiene la sabiduría de los ángeles. ¡Antes la muerte!

Con lágrimas en los ojos, Vivien sacudió las riendas y animó al palafrén a correr cada vez más rápido. Pero el caballo se acercó demasiado al borde del precipicio. El terreno agrietado, más resbaladizo por la nieve y el fango, cedió bajo el peso de los cascos.

El animal resbaló y con él su jinete. Se precipitaron ambos por un lado de la montaña. Los gritos del monje, confundidos con el relincho, retumbaron con la caída hasta perderse en el fragor de la tormenta.

El carro se detuvo. El oscuro cochero descendió y miró el abismo.

—Ahora el único que lo sabe todo es Ignacio de Toledo. Hay que encontrarlo —pensó, quitándose la Máscara Roja de la cara.